

Gaceta Médica de México

Volumen
Volume **138**

Número
Number **2**

Marzo-Abril
March-April **2002**

Artículo:

Las élites y la transición política de México.

Derechos reservados, Copyright © 2002:
Academia Nacional de Medicina de México, A.C.

Otras secciones de este sitio:

- ☞ Índice de este número
- ☞ Más revistas
- ☞ Búsqueda

Others sections in this web site:

- ☞ *Contents of this number*
- ☞ *More journals*
- ☞ *Search*



Medigraphic.com

Las élites y la transición política de México*

Luis Rubio*

Señores miembros de la Academia
Doctor Julio Sotelo, Presidente de la Academia de
Medicina
Honorables miembros del presidium, en este recinto y
en el Auditorio Ocaranza
Señores y Señoras

Es un verdadero privilegio haber sido honrado con la distinción que entraña la Conferencia Magistral Dr. Miguel F. Jiménez y reconozco la responsabilidad que implica la oportunidad que le brinda esta institución a un no médico, máxime cuando el tema que voy a tratar nada tiene que ver con la medicina.

México atraviesa por un momento crucial de su historia contemporánea. Luego de décadas de gobierno de un solo partido, la mayoría optó por darle la oportunidad a uno diferente. Ahora tenemos que enfrentar las consecuencias de esa decisión popular. El reto consiste en mantener la estabilidad y darle cauce institucional a las demandas de la sociedad; la oportunidad reside en convertir el cambio de partidos en el gobierno en la fuente de transformación política y económica que el país aúna y requiere. La problemática es clara y transparente. La interrogante es si tendremos el liderazgo que lo pueda hacer posible.

Quizá el mayor de los desafíos resida precisamente en la extraordinaria debilidad de nuestras élites. Las élites mexicanas, todos los estratos superiores de nuestra sociedad, desde los políticos hasta los empresarios, desde los intelectuales y científicos hasta los profesionistas, tienen frente a sí el enorme reto de transformarse a sí mismos para poder transformar el país. Sin embargo, todo en nuestra historia reciente conspira contra ello. Nuestras élites se han distinguido menos por su liderazgo que por su sumisión, más por la búsqueda de privilegios personales o grupales que por la visión de un país mejor. Esa es la historia y, por lo tanto, la realidad. El mundo del mañana no ofrecerá la misma oportunidad.

Mi intervención esta noche se propone analizar el estado de la realidad política nacional, en un momento sumamente sensible de nuestra historia moderna. La transición política en la que ya estamos inmersos ha

definido un curso de acción y nuevos patrones de conducta que se distancian de las viejas maneras de actuar, decidir, gobernar y resolver los problemas del país. Los actores clave de antaño -las élites que han gobernado y participado directa o indirectamente en el proceso de gobierno- ya no lo son tanto, mientras que algunos otros cuya relevancia era esencialmente marginal, súbitamente han adquirido una extraordinaria dimensión. Divido mi exposición en cuatro partes. En un principio quisiera plantear el escenario: de dónde venimos y cuál es el legado histórico de esas élites y del entorno que las hizo ser lo que son. La segunda parte versa sobre el estado de los partidos políticos, los que deberían ser el almácigo de las élites en el país. La tercera sección analiza un fenómeno reciente en nuestra sociedad: el surgimiento de actores circunstanciales, como la Iglesia y el personaje Marcos, dominando la escena nacional. Finalmente me aboco al tema de fondo, al vacío de liderazgo que afecta al país y las consecuencias que esto conlleva.

La sumisión institucionalizada

La sumisión y reticencia de nuestras élites no son producto de la voluntad de ninguna de ellas. Las élites mexicanas son débiles y timoratas porque no han tenido opción alguna. El sistema político postrevolucionario se conformó a partir de la institucionalización del régimen porfirista. En lugar de personalizar el poder en forma permanente, los revolucionarios triunfadores forjaron un sistema centralizado que unificaba a todos los grupos e intereses políticos bajo la tutela de un individuo cuyo mandato duraba exactamente seis años. Fue, en palabras del historiador y diplomático Daniel Cosío Villegas, una monarquía sexenal no hereditaria.

El sistema tenía, sin duda, características *sui generis*, pero no por ello menos funcionales. En una época saturada de caciques regionales, el sistema favoreció la estabilidad política por medio de la unidad y centralización del poder, sometiendo a los líderes regionales al *interés general*. ¿Quién definía el interés general? Todos lo sabemos: el

*Conferencia Magistral Dr. Miguel F. Jiménez, Academia Nacional de Medicina, 2001.

presidente recibía el mandato y poder extraordinario de decidir por todos. Sus fuentes de poder eran tan vastas y desmesuradas que, salvo en los casos de excesos inenarrables, sus decisiones eran incontrastables. La lógica del sistema era absoluta: la disciplina se premiaba, en tanto que la deslealtad se castigaba de manera fulminante.

En este contexto, las élites nacionales, en todos los campos, tenían opciones alternativas. Una consistía en sumarse al sistema, ser parte de él y confiar en que los beneficios de la abnegación rebasarían los costos de la sumisión. La otra residía en mantener la dignidad, lo que con frecuencia implicaba evitar sobresalir en cualquier ámbito de manera tal que no se amenazara la figura presidencial. Ambos caminos eran absolutamente lógicos y respetables. Los individuos que se encontraban ante semejante disyuntiva simplemente no tenían alternativa. Antes de juzgarlos sería importante hacer notar el extraordinario número de mexicanos valiosos, competentes y destacados que acabaron dedicándose a actividades distintas a las que les atraían o que optaron por vivir en el extranjero para no acabar en la mira del poder presidencial omnímodo. Por ejemplo, más de un científico mexicano destacado, incluyendo premios Nóbel reales y potenciales, acabaron residiendo en otros países antes que ver truncada su carrera en el nuestro.

En algunos otros ámbitos de la vida nacional, el liderazgo era severamente penalizado. Basta con observar el extraordinario contraste entre la casta de los llamados capitanes de industria de los años treinta y cuarenta, individuos recios, capaces de enfrentar al poder presidencial y a cualquier otro para avanzar sus visiones e intereses, con los líderes empresariales de los setenta y ochenta, individuos típicamente timoratos, sumisos, dependientes del favor gubernamental y siempre dispuestos a acatar el llamado presidencial. Al igual que las élites en el ámbito científico o académico, los empresarios no tenían mayores posibilidades. Su realidad era la del sistema y el sistema era ubicuo. El que asomaba la cabeza perdía su oportunidad.

La mediocridad en la que caímos los mexicanos en diversos ámbitos a lo largo de las últimas décadas no deja la menor duda. El poder presidencial y el sistema de lealtades y disciplina que se articulaba a su alrededor ahogaban la iniciativa individual, impedían el desarrollo del talento empresarial, científico e intelectual y corrompían el desarrollo del país. El punto de todo esto no consiste en criticar a quienes vivieron atrapados en esa lógica o juzgar las decisiones que tuvieron que tomar. El sistema era uno y sin duda arrojó enormes beneficios a lo largo de muchos de los años en que funcionó, hasta que llegó el momento en el que sus costos comenzaron a rebasar los beneficios y el país entró en una etapa de desgaste cuya dimensión apenas comenzamos a conocer.

El viejo sistema político impedía el surgimiento de líderes fuertes, que no caciques, en los lugares más

recónditos de la vida pública, desde los partidos políticos hasta la academia, la ciencia y la intelectualidad, los empresarios y los profesionistas. Los mexicanos nunca vivimos bajo la égida de un sistema político totalitario, pero no por ello dejamos de adoptar formas de comportamiento y de adaptación a la realidad cotidiana que algo recuerdan, así sea por reflejo, las experiencias vividas en países autocráticos. De una forma u otra, el hecho es que hoy no contamos con la diversidad de liderazgos, con la fortaleza de élites que un país del tamaño y calidad de desarrollo del nuestro justificaría. El vacío es grande y mucho más notorio cuando observamos sus consecuencias.

El círculo vicioso de los partidos políticos

La primera víctima evidente del sistema político centralizado y controlado desde arriba fue sin duda el mecanismo de pesos y contrapesos en un sistema nominalmente democrático y de separación de poderes. Aunque formalmente autónomo, el poder legislativo nunca tuvo ni la menor oportunidad de convertirse en una fuente de equilibrio y balance frente al poder presidencial. Los legisladores veían al Congreso como un premio, un camino hacia la oportunidad para hacer méritos en su búsqueda por una mejor posición política. Unos perseguían una gubernatura, otros simplemente esperaban que *les hiciera justicia la Revolución*, como dice el dicho, y que se les promoviera. Todos, sin embargo, veían al Congreso como un paso más en una carrera política donde lo importante era no alienar o disgustar a quien, como todos sabían, tomaba las decisiones de verdad.

La sumisión de los políticos era quizá la más severa por su notoriedad. Vale la pena recordar aquí dos anécdotas que lo dicen todo. Una, la más trivial, recuerda el momento en que uno de los próceres del PRI, nada menos que un ex presidente del partido y, a la sazón, gobernador de Campeche, fue requerido para liderar el contingente priista en la Cámara de Diputados. En una época en que el Congreso era una mera fuente de legitimidad para el primer mandatario, la presidencia de la llamada Gran Comisión no era mucho más que un título nobiliario, aunque por supuesto arropado de toda clase de dulces y beneficios. No obstante el título, para los mexicanos comunes y corrientes la renuncia del gobernador fue interpretada de manera cabal y fulminante: lo habían nombrado, se decía, policía de crucero. Decía yo antes que el régimen no era totalitario. Sus chistes así lo atestiguan a cabalidad.

Más simpática es la anécdota de aquel político que, en unas cuantas frases, producto de un intercambio con un periodista, daba a entender la verdadera naturaleza de la vida de un político que se pavoneaba de serlo pero que, en el fondo, entendía perfectamente cuál era su lugar.

Entonces hizo Elpidio Mendoza su primera antesala exitosa en la nueva era priista y llegó frente al Escritorio en Campaña.

- ¿Profesión?
- Político.
- Me refiero a lo que usted sabe hacer.
- Política.
- Pero un doctorado, una maestría, una profesión-, algo útil...
- Sólo política —repitió Elpidio Mendoza conforme daba la media vuelta—. Y aguantar la vara".¹

Más allá de las anécdotas, la escena político partidista en la actualidad es sin duda patética. Cada uno de los partidos experimenta su propia crisis, producto en cada caso de circunstancias propias; pero el conjunto revela una problemática nacional de gran profundidad. Los partidos políticos y, en particular, los legisladores, no han logrado encontrar su lugar en la nueva realidad política nacional, no han podido engarzarse a la dinámica de los nuevos tiempos y no han sabido imprimir una nueva tónica a la realidad entre la presidencia y la legislatura. A diferencia del pasado, los pesos y contrapesos existen, pero todavía no funcionan cabalmente.

No es para menos. Luego de décadas de parálisis legislativa, de atender las contradicciones preferencias del presidente en turno, los legisladores no logran encontrar su camino. Un poco de sensatez diría que lo opuesto sería sorprendente. Los legisladores no han identificado su lugar en la nueva correlación de fuerzas políticas en buena medida porque no tienen los incentivos apropiados para ajustarse. La no-reelección era el mecanismo perfecto para el funcionamiento del sistema bajo el férreo control presidencial. El presidente propónía y disponía, sin misericordia. Los legisladores se atenían al mandato presidencial pues de éste dependía su futuro político, todos ellos aspiraban a un avance en su carrera política o, en el peor de los casos, a hacer efectiva la máxima burocrática de no discutir si el vaso estaba medio lleno o medio vacío, sino estar dentro del vaso, es decir, en sintonía con el sistema imperante.

La noción de la no-reelección, objetivo originado en el famoso Plan de San Luis que enarbóló Francisco I. Madero al iniciar el movimiento revolucionario, pasó a convertirse en el mecanismo de control más acabado del presidencialismo que surgiría de la institucionalización de la Revolución Mexicana. Un presidente tras otro se benefició del hecho de que los legisladores no tuvieran otra posibilidad que poner su veladora para rogarle al señor de Los Pinos que no se olvidara de ellos. Mientras el sistema político fue dominado por el PRI y, por lo tanto, por presidentes que no sólo encabezaban el poder ejecutivo, sino también el vasto imperio que representa-

ba el partido y sus mecanismos de sumisión y control a lo largo y ancho del país -comenzando por los otros dos poderes públicos, el legislativo y el judicial-, la noción misma del equilibrio entre los poderes (lo que Montesquieu contempló como la esencia de la democracia en su famoso libro *El Espíritu de las Leyes*), o de una carrera política independiente, era, en el mejor de los casos, un sueño y, en el peor, simplemente anatema.

Las cosas han cambiado, pero no así las estructuras institucionales. A partir de 1995, por ejemplo, el país cuenta con una Suprema Corte independiente, por primera vez dotada del poder de revisión constitucional y, por lo tanto, constituida para convertirse en un factor real de equilibrio político frente al poder presidencial. La facultad de revisión constitucional transformó a la Corte pues, a partir de ese momento, sus fallos tienen preeminencia sobre la voluntad o acción presidencial. La arbitrariedad legal a la que estuvimos sujetos por décadas está dejando su lugar a la posibilidad real de fortalecer una vida democrática plena. Su equivalente no ha tenido lugar en el poder legislativo.

El poder legislativo sigue anclado a las viejas reglas del juego. Si bien algunas de las instituciones del viejo sistema efectivamente han cambiado -por ejemplo, ya no existe la Gran Comisión-, la realidad es que los legisladores, sobre todo los del PRI, perdieron a su pastor, a su guía (y, en buena medida, dueño) pero no han encontrado la redención. En ausencia de reelección para legisladores, el panorama legislativo seguirá siendo triste, toda vez que los legisladores no tendrán ningún incentivo para atender las preocupaciones de sus votantes, nada distinto al pasado, pero tampoco para colaborar con el poder ejecutivo, lo que hicieron gustosos hasta hace unos meses.

Cada uno de los partidos políticos ha padecido la nueva realidad política que emergió, primero, de las elecciones federales de 1997 y, luego, del terremoto político del año pasado. Ninguno ha salido particularmente victorioso. Dicho lo anterior, hay una acotación que bien vale la pena hacer: a pesar de que el instrumento del voto tiene alcances limitados, los electores están perfectamente conscientes de las consecuencias del resultado electoral del año pasado. Según muestran las encuestas, los electores no sólo no están penalizando al gobierno federal y al presidente por su ineficacia en sus primeros meses de gobierno, sino que reconocen la complejidad del momento y le otorgan el beneficio de la duda así como todo el margen de apoyo al que un presidente puede aspirar. Pero esta acotación no altera el hecho de que los partidos políticos, pareciera que van a la deriva.

El PRI es el partido que experimenta el proceso más difícil. Acostumbrado no a ganar, sino a arrollar e imponer, el partido no logra encontrar su nuevo lugar en el espectro político nacional. Los priistas estaban acos-

tumbrados a recibir órdenes y a acatar el fallo presidencial. Toda su tradición partía de un intercambio muy simple y transparente de lealtad a cambio de beneficios, es decir, lealtad al presidente a cambio de acceso al poder y a la corrupción. La nueva realidad política hace imposible el ejercicio de esa prerrogativa y, por lo tanto, cancela en buena medida la lógica misma del imperio que construyó el PRI.

El PRI no es el primer partido de nuestra era que ve morir su monopolio. A partir del fin de los ochenta, toda una colección de reliquias comunistas en Europa del Este comenzó a transitar por un proceso similar al que enfrenta el PRI en la actualidad. Ciertamente, el PRI nunca fue una entidad totalitaria como los partidos comunistas; sin embargo, muchas de sus formas fueron similares: sus estructuras de control, su naturaleza monopólica, la apropiación de símbolos patrios, el desarrollo de clientelas y la imposición de una ideología sobre una población que fue incapaz de disentir. En otras palabras, al igual que el PRI, eran todo menos partidos; por ello es interesante observar su evolución a partir de la caída del muro de Berlín. Algunos de esos partidos se reformaron, otros feneieron, algunos se aferraron violentamente al poder y otros más se paralizaron. El futuro del PRI podría seguir cualquiera de esos cursos. El más atractivo de entre todos los antiguos partidos comunistas es sin duda el polaco. Una vez que ese partido perdió la elección presidencial, sus integrantes se abocaron de lleno a la renovación: se modernizaron, adoptaron la forma de un partido de verdad, reconocieron el hecho de que tenían que lidiar con ciudadanos y no con súbditos, adoptaron una ideología moderna e hicieron suyos los retos y dilemas que enfrentaba su país. Pronto se convirtieron en los principales proponentes de algo que, años antes, hubiera sido anatema: la incorporación a la Unión Europea. No por casualidad ese partido retornó al poder apenas unos cuantos años después de iniciar su odisea.

Algo muy distinto ocurrió en Yugoslavia, país en el que el antiguo partido comunista se aferró al poder y, por años, no hubo fuerza humana (militar, religiosa o internacional) que lo pudiera remover. Peor aún, nada fue suficiente, ni siquiera el desmembramiento de su territorio, para contener la ambición desmedida de los miembros de ese partido. Quizá este modelo sea irrelevante para el PRI ahora que ha perdido, pero no sobra observarlo, sobre todo por la parálisis que lo define.

En franco contraste con los dos casos anteriores, la república Checa ejemplifica otro extremo del proceso de cambio postcomunista: en ese país, el antiguo partido comunista prácticamente desapareció sin dejar rastro.

Pero es el Partido Comunista de la antigua Unión Soviética el que bien podría ser significativo para nosotros. A final de cuentas, los partidos comunistas en todos los países de la órbita soviética fueron impuestos, apun-

talados o apoyados decisivamente por un tercer país, factor que hizo fácil a los partidos locales desembarazarse, culpar a los rusos y ponerse a trabajar, como ha ocurrido en Polonia, Hungría y otros países. En cierta forma, México se parece más, en concepto, a Rusia que a cualquiera de otros países europeos del Este. En Rusia, el antiguo partido comunista ni avanza ni retrocede: controla un bloque muy importante de la Duma, el parlamento ruso, pero se dedica a obstruirlo todo- propugna por retornar a los viejos tiempos y vive apostando a un pasado que ya no puede ser; sus apoyos se reducen a la población de mayor edad que añora la certidumbre del pasado y a unos cuantos núcleos de poblaciones aisladas geográfica o funcionalmente. Como todas las entelequias, ese partido no tiene mayor opción que cambiar o extinguirse en el curso de los próximos años.

El riesgo para el PRI reside en seguir estancado, sin el menor prospecto de retornar al poder. Los priistas ciertamente pueden aferrarse a lo que tienen, argumentar que siguen siendo el partido mayoritario en el congreso y en los ejecutivos estatales y pretender que todo marchará bien. De tomar ese camino, seguramente acabarán como el partido comunista ruso: en la oposición y en decadencia. Proseguir por esa senda es, por supuesto, prerrogativa de los propios priistas. El problema es que ese futuro entraña severos riesgos para el desarrollo no sólo del propio PRI, sino, como hemos podido atestiguar a lo largo del proceso electoral de Yucatán, del país en su conjunto.

La situación del PAN es ciertamente muy distinta, pero no por ello menos crítica. El PAN ganó la más reciente elección presidencial pero no se ve a sí mismo como el partido en el gobierno. Los panistas hace tiempo que temen encabezar el gobierno, cuanto y más si es federal, pues eso los obligaría a verse en el espejo y tomar decisiones difíciles, propias de la tarea y responsabilidad gubernamental. No cabe la menor duda de que si Vicente Fox hubiera sido un panista prototípico, el PAN no habría ganado la elección. La historia, todos la sabemos, fue muy distinta: Vicente Fox organizó su propia campaña, arrolló al PAN en el camino y le impuso su candidatura y llegó al poder porque se comportó como todo político que negocia con quien debe hacerlo para poder ascender la escalera política. En contraste con los panistas más típicos, sin que esto implique el menor afán de satirizar, Fox reconoce que la labor gubernamental entraña compromisos, acuerdos con contrapartes poco deseables y, en suma, ensuciarse las manos y ponerse a trabajar.

El PAN no ignora las realidades políticas o la necesidad de someterse a la lógica del poder. Pero los panistas no están dispuestos a sacrificar la limpieza de sus objetivos y la honorabilidad de su filosofía, ética e historia para alcanzar el poder. Uno de sus viejos dichos lo expresa con claridad: dicen que temen ganar el poder y

perder el partido. A pesar de ser un partido político, el PAN no ha encontrado un acomodo fácil con el poder y esto lo muestra cotidianamente.

No obstante lo anterior, los panistas reconocen que su futuro y el de Fox están inextricablemente ligados. Si a Fox le va bien, al PAN le irá bien y viceversa. El futuro del PAN depende de Fox, razón por la cual, por más que el partido, o algunos de sus miembros, objeten tal o cual iniciativa presidencial, en la lógica actual del sistema político, los panistas no tienen mayor opción que la de apoyar a su presidente. El escenario cambiaría de haber reelección, pero ese es otro asunto. El PAN tarde o temprano tendrá que decidir si su vocación es la de un partido político comprometido con la búsqueda del poder y todo lo que eso implica, o la de un monasterio que comprende el pecado y los pecadores pero no está dispuesto a ensuciarse con ellos.

La necesidad y la realidad cotidiana, sin duda irán forjando -de hecho, ya lo están haciendo- un partido nuevo, un partido con vocación de gobierno. Pero ese será otro partido, otro PAN. Parte de su devenir dependerá de la dinámica que siga el PRI -una implosión en ese partido, por ejemplo, podría llevar a la reconformación de todo el sistema de partidos en el país-, y parte dependerá de su propia habilidad para transformarse. Los priistas seguramente envidian los problemas del PAN.

Situación muy distinta es la que enfrenta el PRD. Ese partido desea ansiosa y fervientemente gobernar, pero no sabe con qué propósito hacerlo. El partido sigue padeciendo los dolores de un partido poco ortodoxo, la suma de vertientes políticas e ideológicas irreconciliables y un sistema de gobierno interno que guarda una mayor semejanza con un sistema caciquil que con una democracia participativa. Caracterizado por la presencia de conflictos tribales permanentes, el PRD sabe lo que quiere pero no tiene la menor noción de cómo alcanzarlo. Sus contingentes están siempre dispuestos a organizar una manifestación más, pero la lógica de ese comportamiento choca con su naturaleza actual como gobierno, sobre todo en la ciudad de México.

A semejanza del PRI, el PRD tiene que aprender a organizarse para poder ganar una campaña electoral en un juego limpio, abierto y libre de favoritismos y sin descalificar a sus contrincantes. A diferencia de ese partido, el PRD tiene que desarrollar una estructura interna que le permita controlar a sus huestes y convertirlas en su ventaja comparativa. Su visión y perspectiva data de los setenta, en tanto que los votantes demandan respuestas para el nuevo milenio. Difícil coyuntura la del PRD, un partido nuevo que no deja de ser viejo y una filosofía vieja que no le permite transformarse para ganar.

Lo que todos los partidos comparten es un choque entre su liderazgo nacional y su liderazgo legislativo. En los países democráticos esa diferencia simplemente no existe; en nuestra realidad, por la ausencia de reelec-

ción, esa diferencia es inevitable. La reelección reuniría al líder del partido con el líder de la facción legislativa, fortaleciendo al partido y legitimando su función política. Pero quizás no deberíamos pedirle peras al olmo.

Los actores y su circunstancia

Los que formalmente aspiran al poder no parecen saber cómo alcanzarlo. Pero su ineficacia ha propiciado que otros actores, fuera de la órbita partidista, súbitamente hayan cobrado una importancia inusitada. Dos actores, en particular, han cobrado una relevancia que nunca antes habían tenido. Cada uno de ellos representa un mundo en sí mismo pero, más importante, constituye una visión opuesta, alternativa, del mundo.

Esta no es la primera vez en la historia que la Iglesia adquiere la trascendencia de un actor central. Pero es quizás la primera vez que el rol de la Iglesia adquiere características sustantivas. Derrotada dos veces por los gobiernos civiles a lo largo de los últimos doscientos años, primero por los liberales y más tarde en la guerra cristera, la Iglesia se ha convertido en un foco de atracción y liderazgo casi sin par. El protagonismo de la Iglesia y de algunos de sus principales miembros es inusitado en el México moderno, pero no por ello inexplicable.

La realidad es que la Iglesia ha ido acrecentando su presencia pública y desarrollando todo un entramado de vínculos y relaciones mucho más al compás del deterioro de las autoridades civiles y del liderazgo de las élites tradicionales, las de los diversos sectores y ámbitos de actividad, que de su propio ánimo protagónico. Pero tampoco cabe duda de que éste se le ha dado con singular naturalidad. Los líderes eclesiásticos se han convertido en asesores políticos y en detractores del sistema, en comentaristas públicos y en críticos de la globalidad. Su nuevo rol no les asienta bien, pero eso no niega el hecho de que su mérito es menos el de haberse hecho lugar que el de haber estado en el lugar correcto y en el momento adecuado para ejercer el liderazgo que el resto de las élites no ha podido o sabido desarrollar.

No menos importante ha sido la presencia de otro líder, igualmente circunstancial, en la escena política nacional. El llamado subcomandante Marcos, ese otro *factotum* de la política nacional en la actualidad, ha cobrado importancia casi de la mano de la Iglesia, aunque protagonizando al otro lado de la sociedad mexicana, al que se siente excluido y alienado por la prisa de la modernidad. Al igual que la Iglesia, el liderazgo de Marcos habla más del déficit de liderazgo y creatividad de sucesivos gobiernos civiles que de sus propios éxitos o habilidades. Pero sea como fuere, el hecho es que tanto la Iglesia como Marcos representan las dos filosofías e ideologías que hoy se disputan el futuro de México.

Más allá del Ejército Zapatista, de los acuerdos de San Andrés Larráinzar o del futuro personal del señor Sebastián Guillén, el hecho de que un movimiento guerrillero haya tenido el impacto que éste ha logrado en estos años, muestra que la población añora la presencia de líderes fuertes, de un sentido de seguridad y, quizás más que nada, de un sentido de dirección.

Algo similar se puede decir de la Iglesia. Actor con presencia histórica y con un mandato que trasciende la vida de las personas en lo individual, la Iglesia se ha convertido en un baluarte, en una guía para una porción no menos significativa de la población del país. Ambos actores, cada uno en su dimensión y en su propio espacio, evidencian las carencias del gobierno y la ausencia de élites fuertes, preclaras y comprometidas, capaces de articular públicamente un futuro mejor.

La aparición de actores circunstanciales como éstos no hace sino comprobar los vacíos que las autoridades y élites han dejado en el camino. La pregunta importante es menos a dónde van esos liderazgos que cómo fue posible que cobraran la importancia que hoy tienen. Su importancia y su futuro son uno y el mismo: están ahí por lo que no hay en otra parte. Como los partidos políticos que viven atrapados en su pasado, el resto de las élites ha dejado que la realidad los rebase y que la población desarrolle sus propias respuestas. La Iglesia y Marcos no son más que dos actores de coyuntura; las circunstancias los han puesto ahí. Deberíamos estar complacidos por el hecho de que la población siga a figuras relativamente benignas como éstas; igualmente pudo, y puede, identificar y secundar a otras que no lo sean.

El que estamos presenciando la emergencia de actores de coyuntura no tiene, en sí mismo, ninguna trascendencia. Sin embargo, el que adquieran tal preeminencia evidencia una serie de confusiones en el país. La proliferación de actores circunstanciales entraña el riesgo de que abrumen las ya de por sí desgastadas instituciones políticas y, en su extremo, pongan en riesgo la estabilidad política del país. Máxime cuando estamos iniciando una etapa democrática con muchos ánimos pero pocas instituciones debidamente consolidadas.

El liderazgo del vacío

El vacío político que vive el país no es casual. Es producto de la historia, de un sistema y de una serie de circunstancias que en conjunto condujeron al momento actual. El país tiene hoy una estructura política más equilibrada o, quizás con más exactitud, menos desequilibrada que la del pasado. El presidente reconoce que en su relación con el Congreso él propone y los legisladores disponen, algo que nunca hubiera siquiera imaginado un presidente emanado del PRI. La Suprema Corte de

Justicia se aboca a su cometido con decisión y creciente profesionalización. Otros tribunales, notablemente el electoral, adquieren prestigio propio y actúan sin pedir o seguir línea. El vacío legislativo no lo compensa nadie y dice más del estado de la élite política que mil palabras. Nuestra realidad política ha mejorado, pero no así nuestra capacidad de gobernarnos. Esa función, elitista casi por definición, no parece estar presente en el escenario.

El país avanza en su desarrollo económico y madura gradualmente en su ámbito político. Pero en ninguno de ellos se están gestando liderazgos efectivos. La clase política tradicional está ensimismada y retraída (lo cual, por supuesto, no le impide mantener la retórica a todo volumen). La élite empresarial vive un momento peculiar: una parte es hija de la tradición timorata y no sabe más que pedir que el gobierno le resuelva sus problemas; otra está más preocupada, como debe ser, por cumplir con su función empresarial, que por abocarse a las tareas y responsabilidades que un liderazgo real podría representar. Pero la mayoría de los que sí podrían hacerlo, muchos de los más grandes y mejores empresarios, tiene tal red de conflictos de interés y ésta ha crecido de tal manera, con frecuencia al amparo gubernamental, que no es capaz de ejercer liderazgo alguno sin verse envuelta en conflictos ya no sólo de interés, algo tan común en nuestro país que hasta parece natural, sino de credibilidad. La ironía en este punto difícilmente podría ser mayor: tenemos una élite empresarial de dimensiones globales pero que no puede ejercer liderazgo alguno porque hasta para eso tiene conflictos de interés. Es ése el vacío que genera oportunidades para el surgimiento de movimientos mesiánicos y liderazgos espiros.

La probabilidad de que la élite política se recomponga y se torne en la fuente de liderazgo e inspiración que la población demanda, parece hoy más remota que en cualquier época previa. Los políticos viven en su propio mundo, creyendo que la población va a ir en busca de ellos. Todos sabemos cuán equivocados están, pero eso no resuelve el vacío de liderazgo que vive el país. La probabilidad de que las élites empresariales rompan con su cautela o resuelvan exitosamente sus conflictos de interés parece todavía más remota. En este contexto, la oportunidad, pero también la responsabilidad, de las élites científicas e intelectuales aparece como la referencia clave del futuro del país.

Nadie puede, ni debe, pretender sustituir el liderazgo que deben ejercer las autoridades electas de un país. A final de cuentas, una elección sirve para eso, para decidir, quién va a ejercer ese liderazgo, independientemente de sus preferencias u objetivos. Pero en el país nos hemos ido al otro extremo: hemos convertido el liderazgo en un sistema de dominio y no en una estructura de autoridad sujeta a pesos y contrapesos, ejercidos éstos por autoridades igualmente legítimas, así como

por grupos ciudadanos que, cada uno en su ámbito -el académico y el profesional, el empresarial y el sindical-, ejercen su propio liderazgo y aportan sus propios insumos al proceso de decisión colectiva.

En España, el rey jugó el papel crucial de articular un consenso social. En Chile, el consenso lo lograron los partidos políticos. En Bolivia fueron los empresarios. En México las divisiones políticas, en todos los órdenes y ámbitos, son tan profundas, que tiende a privar la antropofagia política. En este contexto, los liderazgos tradicionales no pueden cumplir con su función. Una enorme fuente de autoridad moral, la de los científicos y académicos comprometidos, puede convertirse en la bisagra con que el país no cuenta en la actualidad.

Deprimido de instituciones sociales legítimamente constituidas, el país no desarrolló esos liderazgos sociales múltiples que caracterizan a todas las sociedades democráticas. Su propósito no es -ni debe ser- el de hacer las veces o funciones del presidente, o de otras autoridades electas, sino el de ejercer liderazgo, el de establecer el rumbo, el de servir de ejemplo, el de enarbolar la causa de la excelencia y del desarrollo, del logro y de la modernidad.

Nuestra realidad es nuestra realidad. No tenemos otra y con esa tenemos que vivir. Pero la vida podría ser

mucho mejor. Las élites científica e intelectual, de las cuales ustedes son un ejemplo vivo y excepcional, tienen la obligación de retomar el camino del liderazgo y ejercerlo en el ámbito de su vida profesional y pública. Lo que los mexicanos requieren es compromiso y un sentido de responsabilidad y dirección del que hace tiempo carecen. Su oportunidad, y responsabilidad, en este contexto es enorme.

Comencé diciendo que México atraviesa por el momento más crucial de su historia contemporánea y que ahora es imperativo lidiar con las consecuencias de la decisión popular de cambiar el rumbo político del país. La pregunta hoy es quién tendrá la visión, y el coraje, para hacer realidad la transformación que está implícita en esa decisión de la sociedad mexicana. Cada quien en su ámbito, cada quien en su trinchera, tiene que hacerse responsable. Porque si no, alguien más lo hará por nosotros.

Referencia

1. Bajo la rueda, de Juan Lezama, en Unomasuno, 30 de diciembre de 1981, citado en Aguilar Camín, *El Monstruo que vendrá*, en *El Desafío mexicano*, NEXOS, Ediciones Océano, México 1982.

